

En lo profundo
del mar

GEORGE STEINER

Nuevos Tiempos Siruela



EN LO PROFUNDO DEL MAR

GEORGE STEINER

Edición en formato digital: noviembre de 2016

Título original: *The Deepes of the Sea and Other Fiction*

En cubierta: fotografía de © NG / Unsplash

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© George Steiner, 1996

Published by arrangement with Georges Borchardt,
Inc. and International Editors' Co.

© De la traducción, Daniel Gascón

© Ediciones Siruela, S. A., 2016

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

www.siruela.com

ISBN:978-84-16964-06-2

Conversión a formato digital: María Belloso

EN LO PROFUNDO DEL MAR

(1956)

1

Lo profundo del mar estaba llevando al señor Aaron Tefft al borde de la locura. En las cartas de navegación que empapelaban las paredes de su estudio de Salem, las fosas estaban marcadas con tintas de tonos cada vez más estridentes: desde la serena estrella azul que rodeaba la fosa de Sigsbee, a solo 3.500 m por debajo del golfo de México, hasta la figura de color rojo sangre sacada de la cábala que circunscribía el abismo del mundo, el centro de las pesadillas del señor Tefft, la fosa de Mindanao, 10.800 m por debajo del brillo del sol. No es que el señor Tefft mirase a menudo el mapa en que esa fosa final estaba cartografiada de manera tan clara. Su cerebro vacilaba ante la idea de ese embudo de la noche en el que el Everest pasaría inadvertido, su penacho nevado oculto 1.800 m por debajo del silencio del mar.

Pero la certeza desnuda de que Mindanao existe, de que sus paredes de agua giran con el vagar diario de la Tierra, presionaba el corazón del señor Tefft y lo obligaba, una y otra vez, a saltar de su gastado sillón de cuero y a afrontar el muro oriental en el que había fijado sus cartas del Pacífico. Y aunque el crepúsculo en la habitación o el reflejo caliente del sol de occidente borrasen los detalles,

sabía dónde estaba la fosa de Mindanao y podía atisbar por encima el cuadrado púrpura que señalaba la fosa de Ramapo, 10.500 m de mar familiarizado con los tifones y hundido en una súbita oscuridad no lejos de Japón. Para la perturbada imaginación del señor Tefft, el océano Pacífico disfrazaba las distintas entradas del infierno: la fosa de Nerón junto a Guam, la fosa de Aldrich a barlovento de las islas Kermadec, la fosa de Milwaukee, un abismo que supera al Himalaya.

En la mente del señor Tefft no existía un desastre marino sin explicación. ¿Por qué nunca se había sabido nada del *Cyclops* después de que saliera de Barbados el 4 de marzo de 1918? Simplemente porque en algún lugar de su trayecto acechaba una fosa por descubrir de la que había surgido un rápido remolino, una avidez en la vorágine que había absorbido el navío hacia la oscuridad. Primero el *Cyclops* había pasado por la región en la que la luz del sol todavía penetra, un azul oscuro y tenue; luego por las selvas verdes donde cazan las barracudas; más abajo, por donde empiezan la noche absoluta y el frío inhumano, pero donde rayos luminiscentes arrojan sus dardos de fuego; finalmente, llegó al lugar desconocido donde después de siglos de disolución las armadas se convierten en polvo.

Pero cuando su imaginación se acercaba a esa última región, al señor Tefft le asaltaba un violento temblor y caminaba hacia la ventana, miraba al jardín y centraba sus sentidos desconcertados en el lintero o en el sombrero de paja de Katherine Tefft hasta que, como si la hubiera atraído su mirada salvaje, ella se giraba en su silla de mimbre, sonreía y decía: «¿Estás bien, Aaron? Ven a sentarte a mi lado, querido».

La obsesión del señor Tefft tenía una forma precisa. Lo aterrorizaba y atormentaba el temor a quedar enterrado en el mar y ser arrastrado a una de las grandes fosas por esas corrientes oceánicas cuyos caminos conocía con exactitud. Con cada año de servicio transcurrido en el puente de barcos mercantes y trasatlánticos, el conocimiento del señor

Tefft de esas corrientes se hacía más sutil, y más fuerte su convicción de que cualquier cosa muerta que flotara en algún lugar del mar sería al final absorbida en uno de los abismos. Si un hombre fuera arrojado al agua, incluso en la parte menos profunda del Atlántico, su cuerpo vagaría hacia una de las corrientes y sería transportado hacia las Bermudas y la fosa de Nares o la fosa de Mónaco, al este de las Azores. No había manera de escapar. Había que dar sepultura a los hombres en tierra. De lo contrario, los mares los absorberían hacia su centro y su viaje sería más aterrador que ningún peregrinaje por los suelos del infierno. Ese viaje ardía en la mente del señor Tefft con tal intensidad material que había proporcionado una luz curiosa a sus ojos y había quemado los bordes de su alma.

Podía recordar cuándo la alucinación lo había dominado por completo por primera vez. Fue una noche de clamorosos vientos del suroeste, después de que en el salón del piso de abajo se hubiera decidido que el joven Aaron entraría como aprendiz de mozo de cabina en un crucero *Blue Star*. Se había echado las mantas por encima de la cabeza para no oír la tormenta y luego se había acurrucado dentro de la oscuridad hasta que sus pies tocaron el extremo de la cama y una somnolencia tibia lo rodeó. Fue entonces cuando tuvo la primera pesadilla, la terrible impresión de ahogo, de ser arrastrado a un insaciable centro por una resaca enorme. Recordaba la lucha por respirar, la loca sensación de enredo y, al final de lo que parecía una era de angustia en reclusión, la salida hacia el frío de la noche. Aaron había corrido a la ventana y había mirado el mar que avanzaba hacia la tierra. Pero el viejo conocido había desaparecido, roto en mil pedazos. En algún lugar por debajo de esa superficie familiar yacían las profundidades, esperando su cadáver, preparadas para llenar su boca y sus fosas nasales con sus masas de agua antes de que su alma pudiera encontrar la salida. Pero era demasiado tarde para que *master* Tefft dejara la profesión a la que estaba destinado.

Habían pasado treinta años desde entonces. Con cada uno de servicio el terror se había vuelto más insidioso. Pero el mar era la vocación del señor Tefft y después de las vacaciones que pasó con Katherine en Salem lo atraía con la misma fuerza con que atrae a los ríos. Curiosamente, además, en el mar la pesadilla parecía menos frecuente. En casa era peor.

Siempre empezaba del mismo modo: el señor Aaron Tefft, primer oficial del *Hibernia*, caía víctima de una enfermedad tropical. Después de unas noches en la enfermería, bajo las lámparas azules y el ventilador ruidoso, el primer oficial fallecía. Como su enfermedad era contagiosa y las noches eran peligrosamente calurosas, el capitán y el primer oficial médico decidían tirar su cadáver al mar. Los marineros se ponían en fila y el capellán entonaba esa espléndida letanía para los muertos. Luego se alzaba el ataúd sobre la borda, el maestro de armas tomaba una esquina de la bandera y daba la orden. Los restos mortales del señor Aaron Tefft se deslizaban hacia abajo. El ataúd golpeaba el agua con una salpicadura de rocío, era momentáneamente atraído hacia las hélices del barco que se alejaba y luego flotaba bajo la superficie en el comienzo de su largo viaje.

El preludio era suave: a unos cientos de metros bajo las olas sigue habiendo luz. Se oyen las tormentas y las estrellas que brillan dejan un rastro luminoso. La vida es múltiple: bacalaos, atunes y marlines nadan en torno al ataúd y lo rozan con sus aletas. Carabelas portuguesas pasan formando ejércitos transparentes, y flores marinas, de color verde, malva y rojo abrasador, cubren el ataúd con ceremonioso dolor. Es una región donde la vida terrestre tiene sus ecos suaves: los trasatlánticos que pasan dejan un sabor a petróleo y el repique de sus motores suena como un gong tenue. La basura que se arroja por la borda se hunde incrustada de estrellas de sal y, cuando los peces huyen disparados hacia abajo, el grito de las gaviotas sigue tras ellos.

Pero al cabo de unas semanas, el ataúd se llena de agua, cargado de lombrices de mar y pesado. Luego empieza su descenso hacia las profundidades y con él la pesadilla del señor Tefft se vuelve más ominosa. El mar se convierte en tinta: los peces martillo ponen sus prominentes ojos en blanco y los peces espada agujerean la tapa del ataúd y acuchillan los aterrados huesos del señor Tefft. Las albacoras y los tiburones sombrero afilan sus dientes en la madera podrida y, cuando se hunde todavía más, los leviantes la empujan con sus perezosas jorobas.

Luego el ataúd se rompe y de él cae el señor Tefft. En vez de hundirse hasta el fondo y el olvido de la arena, es capturado por una corriente que pasa y empujado hacia las profundidades. Por mucho que luce, el señor Tefft no se puede despertar. El sueño lo agarra con un poder obsesivo. La corriente se hace más rápida cuando se acerca al borde del abismo. Grandes peces luchan por escapar a la succión y las selvas del mar se inclinan en la dirección de la profundidad como si las empujara un huracán perpetuo. Ahora está a solo unos segundos de hundirse. Ya puede distinguir la línea aserrada donde se abre el suelo del océano. En el borde, un calamar gigante lucha. Algunos de sus brazos venenosos ya los ha absorbido el umbral del abismo, pero los otros se agarran e intentan anclarse. Por encima los grandes ojos del animal giran fatigados, pero ya está cayendo hacia el abismo.

Mientras el señor Tefft se apresura hacia el ruidoso olvido, todos sus narcotizados sentidos pelean por despertarse. Pero antes de que rompan el encantamiento nauseabundo, su mente atisba la profundidad. Es una visión breve pero terrible: la oscuridad es tan absoluta que ilumina, el frío, tan intenso que quema. Bestias monstruosas, titanes ciegos y las legiones de los ahogados se arrastran hacia abajo y, aunque el señor Tefft comienza a despertar, una parte de él, algún fragmento de lo que da a un hombre la alegría de vivir, se queda atrás.

Esa era su fantasía recurrente. Y con el tiempo se convenció de que no era un mero fantasma de su cerebro perturbado, sino la realidad y la sobria evaluación de lo que les ocurría a esas almas condenadas sepultadas en los océanos.

2

Pero solo de dos maneras revelaba el señor Tefft al mundo exterior que poseía una visión particular. En todos sus contratos con distintas líneas de navegación insistía en incluir una cláusula que señalaba que bajo ninguna circunstancia se arrojaría su cadáver al mar. Se declaraba dispuesto a aportar dinero para un ataúd de primera clase y hermético, y se encargaba de que el hospital del barco llevara mucho desinfectante. Todos los empleadores para los que trabajó el señor Tefft estaban obligados a garantizar por escrito que si se produjera su fallecimiento, sus restos regresarían a tierra firme. En toda la marina mercante esa petición terminó por conocerse como la cláusula de Aaron.

La segunda pista de su percepción especial de las profundidades del mar era su testamento, un documento redactado hacía muchos años con ayuda del señor Horace Brindle, viejo amigo de la familia y buen abogado.

La fortuna del señor Tefft era considerable, heredada en parte de sus padres con sus intereses en alta mar y los molinos textiles en tierra. Buena parte de ella había ido a la casa de Tefft, una estructura espaciosa y vieja modelada por varias generaciones de vientos. Era una casa estupenda, consciente de los cambios equinocciales y las fases de la luna, que gemía en su olorosa buhardilla antes de que las tormentas de octubre hubieran llegado a Cape Ann, distendiéndose sus vigas antes de que el alción hubiera construido su nido en el mar de los Sargazos.

La casa estaba llena de recovecos y laberintos, con pequeños tramos de escaleras que llevaban a corredores y trasteros llenos de mapas, viejos aparatos de metal y sermones encuadernados en tafilete desvaído. Había dos jarras de plata en el dormitorio principal de las que se decía que estaban firmadas por Revere y en la escalera principal colgaba un espejo velado, asido por un águila y labrado de estrellas. El señor Brindle lo juzgaba una pieza rara de «temprano arte patriótico». Delante de la casa había un pequeño jardín, el espacio favorito de Katherine Tefft. En él había un viejo limero, un arbusto de codeso de los Alpes y una zarzamora. En el ángulo occidental había un pilar de piedra con una bala de cañón moteada encima. Ni el señor Tefft ni el señor Brindle, el príncipe de los anticuarios locales, sabían de dónde venía. La idea de Katherine de que era el cráneo petrificado de uno de los más austeros antepasados de Aaron solo provocaba a su marido un gesto de desagrado.

El señor Tefft había escrito su testamento poco después de regresar de un viaje que lo había llevado desde las islas de la Sonda hasta Guam, pasando por las Carolinas. Declaraba que todas sus posesiones terrenales estaban destinadas a Katherine Langley Tefft, su esposa legal, pero única y exclusivamente si los restos mortales de su marido estuvieran sepultados en tierra firme. Si esta condición era violada de algún modo o manera, toda la propiedad debía ir a una institución de caridad.

Durante mucho tiempo, el señor Tefft había dudado sobre cuál de las muchas causas meritorias que conocía debía beneficiarse en caso de una negligencia de Katherine. Por su parte, el señor Brindle había sugerido a su cliente un hogar para empleados jubilados, una escuela para huérfanos de desaparecidos en el mar y un pequeño molino donde trabajaban jóvenes señoritas rescatadas de Satán. El señor Tefft había expresado un interés cortés y había hecho pequeñas donaciones, pero solo después de que un tifón hubiera arrastrado su impotente barco por el paso de Djailoto

y en la rugiente negrura del Pacífico supo con precisión qué obra de caridad se beneficiaría de su sepelio en el mar.

Era una residencia para sordomudos a pocos kilómetros de Gloucester. En sus habitaciones encaladas, con su cretona y sus macetas, el señor Tefft encontró un oasis lejos de su pesadilla. Los sordos no podían oír los océanos que avanzaban hacia las profundidades, ni los mudos enunciar su horror ante la idea. Así que el señor Tefft visitaba a menudo la residencia, se sentaba con los internos, que parpadeaban suavemente, y les derramaba sus visiones. Escuchaban, asentían y sonreían ante la mera presencia de ese caballero alto que llegaba con cestos llenos de fruta y se dirigía a su silencio con tanta seriedad. Después de hablar, el señor Tefft tenía menos miedo. Sí, o su fortuna sería de Katherine o, si por alguna terrible negligencia él caía presa de las profundidades, iría a parar a esos hombres y mujeres sobre cuyo cerebro el mar no ejercía ningún poder.

El señor Brindle redactó el testamento. Pero, al reflexionar, una dificultad surgió en su mente. Cuando su cliente volvió del siguiente viaje, a través del mar de Andamán, con sus perezosas culebras, le pidió que acudiera a su oficina.

—Mi querido Aaron —comenzó el abogado después de admirar una pequeña figura de jade que el señor Tefft había adquirido en Akyab—, mi querido Aaron, hay un descuido en tu testamento y amenaza a Katherine con una grave injusticia. —El señor Tefft lo miró de manera inquisitiva—. Bueno, supongamos que por alguna tragedia marina o un acto de guerra todo tu barco se hunde. Entonces tu triste viuda no tendría manera de satisfacer la condición que has impuesto. Eso, sin duda, es inadmisibile y, créeme, cualquier tribunal del país anularía tu testamento. —El señor Brindle se echó hacia atrás, su agudeza le proporcionaba cierto placer.

El señor Tefft estaba claramente molesto.

—¿Estás pensando en el *Titanic*? —preguntó.

—No solo en él, Aaron, sino en cualquier barco que se haya hundido con su tripulación. De hecho —y ahora el señor Brindle sonrió con un aire afirmativo—, de hecho, se me ocurre un caso en el que el barco se encontró pero la tripulación había desaparecido.

—Ah, el *Marie Céleste* —dijo el señor Tefft con una expresión dolorida—. Sí, te lo concedo, Horace. No tiene sentido, ¿verdad? Muchas veces me he roto la cabeza pensando en eso. Me pregunto si no habría algún loco a bordo, algún inspirado lunático que cautivó a los pasajeros y la tripulación, que los convenció de que abandonaran el barco ante un peligro imaginario.

—Puede ser una intuición perspicaz —dijo el señor Brindle—, pero no resuelve nuestra dificultad actual.

El señor Tefft prometió reflexionar seriamente y se marchó. El señor Brindle oyó sus pasos alejándose por la calle ventosa. Se frotó las pequeñas manos y guardó el *Manual de ley y seguros marinos* de Starr.

Brindle tenía razón. El señor Tefft lo admitió para sí. Incluso los barcos modernos sufrían tifones, golpeaban icebergs o chocaban con una niebla impenetrable. Mientras caminaba hacia casa, el señor Tefft añadió a sus temores la posibilidad de hundirse con todo un barco. No habría tiempo para ataúdes, solo la gran inclinación y el escalofrío que sufren los cascos cuando un navío se rinde al mar. Luego entraba el agua por las vías abiertas y la gran tumba de hierro bajaba, con su compañía, como los centuriones de Pompeya, en posición de servicio. Era concebible que el mero tonelaje del barco lograra anclarlo al suelo marino durante mucho tiempo. Los cronómetros señalarían el tiempo en los meses venideros y mientras los seguros se aflojaban en las bodegas, las botellas de oporto y borgoña flotarían en el mundo verde. Además, y esto atraía la atención del señor Tefft, cuando llegara el momento de que la tripulación abandonara el barco, en el verdadero sentido de la palabra, cuando la madera se hubiera disuelto y los bos-

ques de percebes y pólipos florecieran en los camarotes individuales, las cosas se producirían de manera ordenada.

Ningún capitán decente dejaría que sus hombres salieran trastabillando de manera caótica. La disciplina es más profunda que el agua salada. La tripulación saldría por orden de rango. Y aunque la idea de ser arrastrado hacia la fosa más cercana junto a su capitán y compañeros de barco aterrorizaba al señor Tefft, le parecía mucho menos terrible que la visión de viajar hacia el infierno en soledad. Sí, Brindle había dado con algo, y aunque quizá no lo supiese, era algo más que un tecnicismo legal. Si el *Hibernia* se hundía, su primer oficial se comportaría como un hombre e iría antes que el segundo oficial incluso hacia la fosa de Mindanao.

El señor Tefft se apresuró a desandar sus pasos.

—De acuerdo, Horace —dijo—, que mi testamento declare inequívocamente que, si me pierdo con todo un barco o con una parte sustancial de la tripulación, Katherine será la heredera. Únicamente si muero solo debe encargarse de que me entierren en un cementerio.

El señor Brindle asintió con un gesto de aprobación.

3

En su primer encuentro, al señor Tefft le había caído bien John Talford. Más adelante, recordaría la tarde de verano en la que el arquitecto había ido a tomar el té y Katherine lo había presentado como «el señor Talford, recién salido de Harvard, que construye sus primeras casas en la zona». El joven se había puesto algo colorado, había inclinado la cabeza y no había sabido dónde dejar su sombrero de paja nuevo. Al señor Tefft le habían gustado esa torpeza y el interés sincero que había mostrado por la vieja casa y las cartas náuticas en las que aparecían inscritos los sucesivos via-

jes. Si no recordaba mal, ese primer té tuvo lugar tras un periodo de trabajo particularmente romántico.

El señor Tefft estaba con una flota petrolera en la época y había pasado por el canal de Suez, por las costas de las especias, hacia el océano Índico. Al *River Rouge* lo había atrapado un viento casi huracanado en el estrecho de Malaca, había encontrado las galernas del final del invierno en el mar del Sur de China y finalmente había llegado a Valparaíso como un perro pastor apaleado y separado del rebaño. Recordaba que Talford había escuchado sus historias con atención e inteligencia, y que había citado *Otelo*, mal y con timidez, para decir que debía de ser maravilloso tener esas historias para contárselas a una mujer hermosa. Y su reverencia a Katherine había sido tan rígida e infantil que el señor Tefft había vuelto a sentir que la vejez le vencía de pronto.

John Talford se instaló en Marblehead y, de manera imperceptible, se convirtió en parte del hogar de los Tefft. El joven tenía poco dinero y Aaron estaba deseoso de ofrecerle la dirección de su casa y su jardín durante los fines de semana y los letárgicos meses de verano. Talford llegaba, saltaba el seto con su maleta gastada y su inseparable cazamariposas, y se instalaba como un gato, familiar pero independiente. Después de la cena, cuando los mosquitos cantaban en torno a los mapas de la tormenta, jugaba al ajedrez con Aaron, le sacaba historias de peces raros avistados en los mares de Sonda, o hacía que su anfitrión explicara una vez más por qué el Atlántico Sur es el rincón más solitario del planeta. Y Katherine se sentaba en su mecedora y posaba sus ojos grandes en la cabeza del chico. Como a Aaron, le hacían ilusión las visitas de Talford.

Cuando estaba lejos, en viajes que duraban meses, al señor Tefft le gustaba la idea de que Katherine estuviera menos sola y de que tuviese alguien a quien invitar, aparte de al viejo Horace y a las canosas damas del barrio. Se daba cuenta de que algunas personas podrían murmurar; en Salem eso era inevitable. Pero no le agobiaba y presumía

que Katherine guardaría celosamente las apariencias. Por eso la posdata de Brindle a una carta que esperaba a Aaron en Singapur le irritó y se quedó grabada en su cabeza. Decía simplemente que él —Brindle— era un hombre de mente abierta, pero ¿no le parecía a Aaron que era desconsiderado por parte de Katherine viajar en compañía del joven Talford? La siguiente carta de su mujer aclaró el asunto; había ido a una exposición de arte en Boston y el arquitecto había insistido en acompañarla. Aun así, Aaron le escribió delicada pero firmemente que debía ser cuidadosa.

Sin embargo, cuando regresó a Salem le pidió a Talford que visitara su casa con la frecuencia que desease. La ágil imaginación del joven lo fascinaba. De repente, una tarde abrasadora, cuando estaban reunidos a la sombra del lime-ro, se incorporó en la hierba y dijo:

—Me pregunto qué podría aprender un hombre de mi profesión sondeando el mar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el señor Tefft, aspirando en una de las estupendas pipas que había traído de Java.

—Todas esas espléndidas leyendas de ciudades y torres hundidas —señaló Talford—. Las he estado estudiando. Cantreus en la bahía de Cardigan, la ciudad de Ys, Tintagel, la Tierra de Leonís, la Île Verte, la Atlántida: todas esas ciudadelas legendarias hundidas bajo las olas. ¡Algo debe de haber! Algún recuerdo real de un reino, lleno de lugares dorados, entre Irlanda y las Azores, tragado por un gran embate del océano.

El señor Tefft observó un rastro de humo azulado y asintió.

—Sí, John, creo que hay algo de todo eso. Los marineros que conocen esas costas de Europa occidental te contarán que en los días claros, a la hora del ángelus, se oyen campanas que suenan en campanarios hundidos. Y una vez, cuando estábamos cerca de las islas de Cabo Verde, en una noche realmente diáfana, vi lo que parecían luces que brillaban por debajo de nosotros, en el mar. El piloto